

HUMORADAS DOMINICALES.

Junio 20 de 1886.

Tomábamos juntos la ambarina cerveza Strasburgo, cuando pasó en su rápido coupé.

—¿La conoces?—me dijo Luis dejando el vaso.

—Sí,—le contesté—es madame Vénus. No sé su verdadero nombre, ignoro su condición y procedencia; mas ¿qué importa? para mí viene siempre del Olimpo.

—O del infierno. Esas uñas delicadamente sonrosadas se encajan como garfios en la carne; esos brazos aprietan hasta sofocar; esa boca devora fresas y fortunas.

—¡Imposible!

—Huye de ella: es la epidemia. Los deseos que despierta son mortales como el cólera. Es una forma bella de la muerte. ¿Quieres saber su historia? Vas á oírla.

No se sabe á punto fijo en qué parte nació. Es una mujer internacional. Cuando alguno de sus amantes le pregunta si es belga ó nació en Francia, ella contesta: «¿Para qué averiguarlo? Sólo sé que me concibieron mis padres en un momento de admiración.» Y en efecto, Madame Vénus, como tú la llamas, es divinamente hermosa. La única pureza que tiene es la pureza de las líneas. Un artista podría encontrar su boca algo incorrecta y su nariz un tanto cuanto canalla; pero esas imperfecciones la hermosean. Posee la serenidad de las estatuas y el gracioso mohín de las grisetas. Los griegos admiradores de la desesperante perfección, no la habrían venerado como diosa: los parisienses, sí.

Sin duda alguna, esa mujer no puede haber nacido de una familia honesta de trabajadores. Procede de una selección mejor. La madre sería tal vez vulgar y pobre; el padre, no. De éste ha he-

redado la distinción y la elegancia; de aquella los instintos bellacos y la avidez de prostituta. Podría jurarse que nació de contrabando.

Mas ¿á qué remontarse á los comienzos de su vida? Las fuentes del Nilo son ignotas. Nadie puede decir á ciencia cierta cuál es el microbio que produce el cólera asiático. Confórmate con verla tal como es: por otra parte, sería preciso hacer un gran esfuerzo de imaginación para figurarse cómo era cuando niña. Yo le niego hasta el candor supremo de la infancia. Hay mujeres que nacen de treinta años.

¿Los ha cumplido Madame Vénus? La edad de las estatuas no puede determinarse á primera vista con absoluta precisión. Y Madame Vénus es una escultura de carne. No busques en ella más que la hermosura plástica; cuando va al templo para exhibir su traje ó aprovecharse de la puerta de la sacristía, oye que el ángel de la guarda llama á su alma, y dice: Ausente! ¿Para qué habría servido el alma á Madame Vénus? El alma no se viste de raso, ni tiene hombros desnudos que enseñar; el alma es como esas costureritas honradas á quienes nadie conoce: el alma es cursi. Puedes decir que el alma sirve para amar; pero Madame Vénus no ha amado nunca. El amor da á todas las caídas la gracia de los gladiadores romanos. Caer amando es caer de rodillas. Madame Vénus cae como la mano gruesa del ladrón sobre un puñado de monedas. Mejor dicho, Madame Vénus no ha caído nunca. Nació acostada y en el suelo.

El único amor que siente es el amor inmenso á su hermosura. Por eso la perfuma, la reviste de encajes y de sedas, y le da como ofrenda joyas y oro. Si pudiera ponerse de rodillas, sin que su propia imagen mudase de actitud en el espejo, se arrodillaría ante sí misma. Ella es la diosa, el sacerdote y el creyente. Si amara, apostataría.

¿Qué es el mundo para ella? un vasto campo en el que puede pedirse la bolsa ó la vida amartillando la mirada, como lo hacen los bandoleros en el bosque amartillando la pistola. Madame Vénus tiene el oficio más prosaico: el de ladrona. Roba en primer lugar á su marido, á quien no da nada en cambio de la modista, el palco y el carruaje. Y también roba á todos sus amantes el corazón, la honra y la fortuna. Casó con un banquero, como el ladrón entra de preferencia en una casa rica, buscando objetos más valiosos que apropiarse.

Hurta para su cuerpo, así como otros roban un pedazo de pan para sus hijos que se mueren de hambre. Ama mucho sus brazos mórbidos, sus hombros, su garganta torneada: es el amante de su propia hermosura. Y ávida siempre registra con la mirada los bolsillos y saca las monedas con los dientes.

Ha tenido tantos amantes como trajes: uno, azul; otro, Pablo;

éste, crema; aquel, Arturo. Pero estudia la lista de los *mil y tres*. ¡Ninguno pobre! Yo la perdonaría, si hubiera amado á un cochero!

Sus cartas de amor están escritas en papel Wattman rayado para cuentas. Vé la moneda de oro que brilla en el fondo del estanque, y se lanza á cojerla con la habilidad del buzo. Así ha bajado á muchos corazones. Logrado su deseo, deja al amante. Esto es, sale del estanque y se enjuga con una toalla.

No, no es Madame Vénus; es Madama Vampiro. ¡Has visto alguna vez cómo chupan los niños las naranjas, pegando los labios á un pequeño agujerito, y las dejan enjutas como la vejiga llena de aire que se taladra con un alfiler? Pues eso hace con las fortunas Madame Vénus. Pega los lábios á la nuca del caudal, y le sorbe hasta la última gota del oro.

Cierta vez penetré en su tocador. Mientras la diosa rapaz aparecía, entretúveme en ver y registrar el guarda-ropa y los estuches de las joyas. Y me pareció oír que las piedras preciosas murmuraban:

Coro de diamantes.—Somos las piedras insolentes y criminales. Somos el carbón aristocrático. Somos la calumnia de la gota de agua. Somos el rocío de la mujer. Para nosotros, sólo para nosotros, es la hermosura de Madame Vénus. Y corremos, saltamos y brillamos en ese cuerpo de alabastro como traviesos duendes. Sólo es nuestra.

Los aretes de perlas.—Nosotros oímos las quejas amantes que han llegado á sus oídos. Cuando el amante es pobre, contestamos: «vuelva usted, la señora no está en casa.»

El collar.—Yo rodeo su garganta escultural. Soy una libranza falsificada.

Dos brillantes.—Somos dos lágrimas de una mujer honesta y bella, que espera en vano á su marido.

Un anillo.—Yo fuí robado por un hijo á su propia madre.

Un rubí.—No hagáis ruido. ¡Soy una gota de sangre!

Y aquel coro infernal era absolutamente verdadero. Madame Vénus roba: su belleza tiene trescientas hipotecas. Y sin embargo, ¡he visto ahorcar á muchos ladrones y prender á muchas cortesanas!

Algunas veces, cuando la caza escasea en tiempo malo, Madame Vénus recurre á medios más ruines que los habituales. Roba entonces con cincuenta y dos cómplices, entre los que figuran cuatro reyes, cuatro caballeros y cuatro damas. Y con dos ganzúas tan formidables como delicadas; los pies. Observa la mesilla de palisandro en que juegan al pókhart. Madame Vénus está impasible; es la ladrona augusta. Las cartas, obedeciendo las leyes de una sabia combinación, la favorecen. El jugador quisiera huir, mas de improviso siente el contacto de un pie tímido que comienza á atreverse. Y á medida que las distancias se estrechan y los pies se ha-

blan entre sí de muchas cosas, las pérdidas aumentan. Hay opresiones de ese pie aleteante que cuestan un billete de mil pesos. Y cuando acaba la sesión, queda pobre, arruinada una familia. Los reyes vuelven con su manto de púrpura á la inamovilidad del trono. Los caballos ya no caracolean sobre onzas de oro, y los pequeños pies de Madame Vénus se apartan de los botines derrotados. ¡Han ganado la batalla!

¡Huye de ella! No viene del Olimpo como tú crees; viene del Ganges. Es una fuerza destructora. Disuelve los corazones en su copa de oro, como Cleopatra disolvió una perla. Acabo de presentarla á tus ojos de cuerpo entero. Mas no conoces todavía los pormenores de los dramas en que ha figurado como protagonista. Voy á referirte algunos para librarte del contagio. Apura tu cerveza de Strasburgo y pide otras dos botellas. Pero aguarda..... Tengo que dejarte. Han dado ya las seis en el reloj de la sala de mi novia. Mañana ú otro día hablaremos largamente de Madame Vénus y sus aventuras. Sin embargo, no olvides, entre tanto, mis consejos. Amárrate como Ulises al mástil del navío, para no ceder á la tentación de las sirenas. Si no encuentras un mástil, amárrate á tu bastón de cerezo. Lo dicho: Madame Vénus es ladrona.

Pero,—á decir verdad—huelgan todos mis consejos. Madame Vénus huye de las carteras deshabilitadas. No meterá la mano en los bolsillos de tu chaleco: ¡no es ratera!

Julio 10 de 1887.

Casi cuantas noticias llegan del interior de la República se refieren á inundaciones y extragos causados por el exceso de las lluvias. La niña que oye el ruido de la lluvia, mientras borda unas pantuflas para el padre; el pensador que escribe en el silencio de su gabinete; el trasnochado paseante á quien la lluvia empapa hasta los huesos, piensan á veces en las pobres víctimas á quienes ha dejado sin casa y sin hogar la ira desapiadada de las nubes.

¿Qué es una tromba? El abismo de arriba que nos sorbe; el vampiro negro que muerde la nuca de una aldea y chupa hasta la postrera gota de su sangre. Aquí, en las calles, en los sitios públicos, en las casas tan sólidas y firmes, la tromba inspira poco ó ningún miedo. Las nubes son para nosotros la cortina de sol que pone el cielo para templar la atmósfera del mundo. En ocasiones nos enfadan y molestan, y suelen hacernos travesuras de mal género; rociarnos la cara con sus jeringas invisibles; escupirnos, como esos

charlatanes que al hablar se aproximan á nosotros y nos mojan el rostro de saliva; sobre todo, las nubes nos obligan á comprar paraguas y, lo que es peor todavía, á salir con él. Pero, en resumen, las nubes son atentas, serviciales; las maldecimos cuando impiden un paseo, cuando interrumpen una visita, cuando nos manchan un sombrero nuevo; mas no tenemos frases elocuentes para alabar la prontitud y eficacia con que suavizan la temperatura, riegan las calles y ahogan las calenturas perniciosas. La prueba es que cuando la estación de lluvias se retarda, todos vemos con odio el azul transparente de los cielos, parecido en lo claro y brillante á la pupila de una mujer sin corazón. Queremos que las lágrimas lo empañen, y desde la enhiesta espiga que el sol quema, hasta la niña rubia que se muere de calor, cuanto vive en la naturaleza es una inmensa inspiración al agua. Para sentir el hondo miedo que producen las nubes, es necesario haberlas contemplado desde el puente de un barco ó desde el campanario de una aldea acurrucada al pie de la montaña. Recuerdo haber oído de los labios vulgares de un labriego el relato de una terrible inundación.

La mañana de aquel terrible día—contaba con acento dolorido—fué húmeda y brumosa. A lo lejos se oía el resuello colosal del río. Desde las ocho comenzó á llover: una lluvia que parecía brincar en los tejados como si fuera de cabezas de alfiler, nos tenía confinados en la casa. Yo vivía en el molino con mi esposa, mi padre y mis dos hijos. Mi padre, enfermo y en edad muy avanzada, no podía trabajar, y apenas, en los días de primavera, daba unos pasos en el campo. Lo demás del año lo pasaba tendido en un sitial que por las tardes acercaba á la ventana. Por fortuna, yo estaba fuerte aún, sano, robusto y á fuerza de trabajar en el molino que tenía en arrendamiento, ganaba lo bastante para el sustento y vestido de los míos. El primogénitocomenzaba á ayudarme en el trabajo, como que tenía ya más de doce años. María, la pequeñuela, con ser tan chica como era, servía de mucho á la mamá en las haciendas y faenas de la casa. Y como no me espanta la labor, por penosa que sea, y como amaba locamente á mi familia, bien puedo asegurar que era feliz.

La mañana de que hablo no salió ninguno de la casa. Era esta de tablones de madera, pero bien ajustados y pulidos para que el aire no lograra entrar. Por miedo de que los niños enfermasen—porque daña y enferma la humedad—la hicimos alta. Recuerdo aún con cuánto gozo la veía, cuando, al volver de mis constantes excursiones á los pueblos cercanos, donde vendía á buen precio las harinas, divisaba el esbelto cono de su techo, las paredes pintadas de encarnado y la airosa escalera puesta al frente.

Pero..... con mis recuerdos y memorias prolongo la narración y la distraigo de su objeto! Como decía, esa triste mañana no salimos. Fué necesario prender luz para almorzar, porque la bruma

era muy densa y apenas nos veíamos los semblantes. Santiago—mi hijo—y yo pasamos largas horas en escribir, á la luz escasa de un mechero, las cuentas del molino, que, por ser día de fiesta, abandonamos. Apenas nos sentamos en la mesa, cuando el agua arrió. No era entonces ya la lluvia helada y menudita que chisporroteaba en el tejado. Caían chorros del cielo, y á la vez parecía que el aire espeso se iba trocando en una lámina de plomo. Margarita—mi esposa—estaba triste y asustada. Rogando á Dios que conjurase la tormenta, prendió el cirio bendito que el cura le regaló el día de Pascua. De cuando en cuando, sus amados lábios se entreabrían rezando el *Magnificat*. Mi padre, por enfermo, no comió: dormía en la pieza contigua sin que los rezos ni el chubasco le inquietasen. María—mi querubín de negros ojos—no quiso separarse ni un momento del lado de la madre. La víspera había comprado una muñeca en la feria del pueblo, y la arrullaba suavemente entre sus brazos.

Al caer la tarde, la lluvia era verdaderamente torrencial.

Santiago se atrevió á salir fuera de la casa para medir el peligro cara á cara. Al volver, me dijo algunas palabras en voz baja.

El río empezaba á desbordarse. Con efecto, á poco rato el agua que inundaba la campiña subía dos gradas en la escalera de la casa. Era preciso huir; mas, ¿de qué modo? El pueblo estaba lejos, y además no podíamos marchar á la intemperie, llevando en hombros á mi anciano padre. Más cuerdo era esperar, confiando en Dios. De codos en el pretil de la ventana, sintiendo el frío penetrante de la lluvia, pasé una hora. María estaba dormida en su camita, abrazando la muñeca. El río, como un titán colérico, se revolvía en su cauce, sacando á fuera un medio brazo, medio cuerpo, y rugiendo como una fiera encadenada. El clamor sordo del abismo llegaba á mis oídos como un toque de muerte. La niebla nos había ocultado en la mañana la crecida del río; pero, en aquél instante era imposible ya cerrar los ojos á la inminencia del peligro. Relinchaban los caballos en las caballerizas y los bueyes mugían en el establo. Vislumbres movedizos de acero indicaban la marcha de la inundación. Margarita, azorada, lanzó un grito.

—No te asustes—le dije;—el agua ya no puede subir más.

—No hay peligro ninguno, madre mía,—agregaba Santiago;—la casa es sólida y resistirá.

Pero, entre tanto, crecía el clamor inmenso de las aguas y aumentaba el espanto de las bestias en los corrales y caballerizas.

De repente, un estruendo formidable sacudió la campiña. El agua corría con la violencia de una fiera que rompe los barrotes de su jaula.

Oímos el crujir de la madera desquebrajada, y caballos y bueyes derribando las puertas, echaron á correr por la llanura. El grueso

de las aguas en el río, arrastraba cuerpos de animales y troncos descuajados y peñascos.

Ya era preciso huír; pero ¿por dónde? La inundación subía y era imposible atravesar el llano á pie. Y subía más minuto por minuto, siendo ya como un mar que se incorpora. Entonces, con martillos y tenazas, rompimos los tablones de madera.

Mi padre, mi mujer, mi hija María, todos pedían misericordia, pero sus gritos se ahogaban en el tumulto de las aguas. A fuerza de trabajos, espoleados por el instinto de la conservación, logramos improvisar en corto espacio, una imperfecta balsa de madera.

Mi padre entró primero, luego mi esposa con María en los brazos, en seguida Santiago y al último yo. Y la balsa pequeña y mal unida, comenzó á caminar sobre las aguas. Y sin decir una palabra sola, nos acercamos los unos á los otros, como si así quisiéramos impedir que la muerte nos separase. Yo contemplaba el río y decía en mi interior:—¡Infame! ¡infame!—En sus riberas, fértiles y amenas, hablé por primera vez con Margarita. Entonces sus rumores cadenciosos acompañaban mis conversaciones. Pero en aquél minuto de pavor, era el vil asesino que se erguía para hundirme en el pecho un puñal!

Aumentaba la fuerza de las aguas. A cada instante creíamos ver la luz de un bote ó la hoguera encendida en la azotea de alguna casa. ¿Nos acercábamos al pueblo ó nos alejábamos de él? ¡Imposible saberlo! La obscuridad era absoluta. Y así pasamos cuatro ó cinco horas esperando el socorro que no venía por parte alguna. Poco á poco el río se iba apoderando de nosotros. La corriente de las aguas nos arrastraba á él sin que hubiera camino de evitarlo. Y de improviso un recio tronco chocó con nuestra balsa y todos nos hundimos en el agua.....!

El mismo choque me arrojó fuera del río á los terrenos inundados. Allí pude nadar con mi hija en hombros. Pero, ¿y mi padre? ¿y Margarita? ¿y Santiago? ¡Todos arrebatados por la avenida! Todos perdidos sin remedio! ¡Infame! ¡Infame! No sé cuantas horas duró mi brega con el abismo. Amaneció. Gentes del pueblo me recogieron con mi hija en un bote de pescadores. Estábamos en salvo; pero ¡ay! mi padre, mi mujer y mi Santiago dormían bajo el sudario de las aguas. Mi casa y mi molino desplomados, sepultaron con ellos mi fortuna. Sólo María salvó de aquél desastre la muñeca que el día anterior había comprado.

CRÓNICA COLOR DE BITTER.

No tiembles ya; las aves azoradas, que volaban en todas direcciones, han vuelto á pararse en las cornisas de las casas y en las cruces de las torres; los árboles no sacuden más sus cabelleras trágicas, y el dormido titán que habita las entrañas de la tierra, yace descoyuntado, inerme y mudo, como el demente cuando pasan sus accesos. Acerca á tus delgados labios que el temor amarillea, la taza en que hierve el té, casi tan rubio como tus cabellos. Reposa tu cabeza sobre mi hombro y deja que se coloren tus mejillas con los matices escarlatas de los mirtos. ¿No ves? El sol arroja, como siempre, su menuda lluvia de oro, y las amedrentadas golondrinas vuelven á travesear en la cabeza calva de San Pedro y en las túnicas de piedra que visten los Profetas en sus nichos. La bomba azul que cuelga del pulido artesonado y que guarda tu sueño por las noches, vacila cada vez más lentamente como la rapazuela juguetona que se queja dormida en el columpio. El reloj que contó nuestros minutos de pasión ha detenido sus agujas negras en la hora del terror; pero mi mano moverá de nuevo el péndulo y verás cómo torna á caminar, á manera del infeliz hebreo que no dió de beber á Jesucristo. Vuelva la sangre á circular por tus venas como ya ha vuelto el movimiento de la vida á las calles henchidas de carruajes y de gente. No tiembles más: descansa aquí, sobre mi pecho, mientras acerco á tus labios pálidos la taza, como si diera su tisana á un niño enfermo. ¿No quieres que pongamos en el te unas gotas de cognac? Ya nada tienes que temer: habla, sonríe; no dancan ya las copas en la mesa, ni el cordón de la campana azota las paredes. Ha concluido el terremoto, y la materia, eternamente esclava, no se mueve con bruscas rebeldías; solo tu corazón late violentamente junto al mío. La muerte que pasó sobre nosotros cierrando sus grandes alas de lechuza, está muy lejos. La luz se está riendo de nosotros.

El pastel que dejaste mordido sobre el plato blanco; la diminuta

copa de Chartreuse, que no tuviste tiempo de apurar; mi cigarro encendido, y el coqueto escarpín color de rosa, que abandonó sobre la alfombra tu pie impaciente, nos observan con burla socarrona. Afuera, bulle nuevamente el caudaloso río de la vida.

Los coches pasan, y los caballos que momentos antes se detenían, abriéndose de manos, vuelven á galopar hiriendo con sus cascos las achatadas piedras de la calle. Los balcones se abren y en ellos aparecen caras aflijidas, rostros pálidos y cuerpos temblorosos de pavor. Poco á poco, la sangre vuelve á colorear esas mejillas y la sonrisa juguetona, que había huido como una mariposa cuando mira la sombra de la mano que va á caer sobre sus alas, vuelve otra vez moviendo sus élythros ruidosos, y entorna los delgados labios de carmín. Tus nervios se aquietan; tu manecita blanca tiembla menos, y el ondular agitado de tu seno ya se va sosegando poco á poco. Toma el té. Los duendes malos que habitan como topos en las profundas minas llenas de carbón, nos tuvieron envidia, y celosos de mí, quisieran espantarnos correteando por las betuminosas galerías, á donde nunca llega el rayo mágico del sol. El aire comprimido, no encontrando el respiradero de los volcanes, quiso abrirse paso bruscamente, como el viento que sale por los cañones de algún órgano. El gigante, en cuyo pecho enorme descansa el globo, se despertó al oír los gritos de los duendes, y esperezándose en su lecho de granito, sacudió la tierra. Las torres se bambolearon como si fueran á caerse; los árboles se mecieron, sin que el aire soplara agitando sus copas, y tú, convulsa de pavor, dejaste caer la leve cucharilla con que desmenuzabas el azúcar en la taza, y el azul no me olvides que arranqué á mi ojal para ponerlo entre tus labios.

No tengas miedo ya. El enorme gigante duerme y los duendes revoltosos apenas se atreven á asomar sus cabecitas en los oscuros socavones de las minas. La luz se está riendo de nosotros. Toma el té.

* * *

¡Si hubieras podido contemplar el espectáculo que presentaba la ciudad en ese instante! La mueca trágica y el guiño cómico se miraban confundidos, como en los dramas de Shakespeare. Los dependientes saltaban el mostrador de las tiendas é iban á arrodillarse en medio de la calle. Los jugadores se asomaban á las puertas de Iturbide con los tacos en las manos. Un escribano bajó las escaleras de su casa en mangas de camisa. Aquella acartonada lady yankee se tendió boca abajo sobre el piso. Todos interrogaban los edificios oscilantes con miradas de pavor, como el náufrago, sacudido por las olas, interroga el obscuro seno de los mares.

Los rieles del tranway, movidos por el terremoto, se agitaban espejeando como dos víboras de plata. Y de las puertas cuyas mamparas se columpiaban tristemente, salían como en tumulto hombres en bata, damas cubiertas apenas por el ligero peinador, niños trémulos, é iban á arrodillarse en medio del arroyo, con las manos cruzadas sobre el pecho, clavados los ojos en el cielo.

El sol indiferente derramaba su luz cruda sobre esta escena desgarradora. Las aves, sintiendo que los edificios vacilaban, salían de las cornisas y tejados agitando sus alas con espanto. En ese instante los ateos creían en Dios.

La madre corría á la cama donde descansaba el pequeñuelo, para llevarlo por la calle. Los prudentes se colocaban en los quicios de las puertas. Los que no decían ¡Jesús! proferían lo más enérgico de las interjecciones españolas. Mientras las torres de la Catedral se dirigían sendos saludos, inclinando sus enormes sombreros de campana, un ratero hacía cosecha de relojes en la plaza.

En los salones de las fondas, quedaban los sombreros y bastones, huesos á medio roer, y botellas volcadas en el suelo. La grasa se cuajaba en los platos y el vino se evaporaba en las copas. Algunos salieron á la calle con la servilleta puesta, y otros levantaban al cielo sus manos armadas de tenedores. Ninguno, sin embargo, atendía en esos momentos á los cómicos episodios ni á las figuras caricaturescas. Las caras tenían todas la expresión adusta que da Echeagaray á los rostros de sus personajes en el tercer acto de sus dramas. El monstruo eternamente esclavo, se desencadenaba, y las cosas adquirirían extraño espíritu. La Catedral se asemejaba á un hipopótamo fabuloso que fuera á triturar con su pezuña de granito las copas de los fresnos y el gran zócalo de piedra. Las fachadas hacían muecas de clown, y las cruces en lo alto de las torres, parecían gimnastas en trapecio.

En aquellos segundos de congoja, las ideas pasaron por los cerebros con una rapidez de cinco mil leguas por hora. Un panorama de cataclismos, desarrollándose al girar, como la tela de un transparente, presentó sus cuadros torcidos, sus figuras chuecas y sus escenas de desplome, á la imaginación de aquella muchedumbre. Lisboa, la Martinica, Ischia y Chio, pasaron en tropel por la memoria de algunos. Yo ví bailar en el espacio azul la esbelta cúpula de Santa Teresa, como si algún gigante de buen humor hubiera lanzado al viento su montera; me pareció que las columnas del teatro avanzaban sobre mí á paso de carga; sentí sobre mi cabeza las herraduras del caballo que monta Carlos IV, y en un momento de pavor, creí que la estatua de Colón jugaba á la pelota con el mundo. El viento movía los anchos pliegues de los hábitos que visten los frailes en el monumento de Colón y las guedejas pétreas de sus barbas. La robusta matrona que representa la ciudad de México, me llamaba con

movimientos de sirena. San Agustín, en el bajo relieve de la biblioteca, sufría un vértigo, y el ángel que corona la torre de Jesús agitaba sus alas, como águila que va á tender el vuelo. ¡Oh cuántas ideas caben en dos minutos treinta y tres segundos! Las casas se desmoronaban ante mis ojos, como castillos de barajas; las piedras caían mezcladas con cabezas, y apenas si quedaban algunos paredones oscilando, como ebrios en la puerta de una taberna. Caídas las fachadas, se miraba el interior de algunas casas: desmelenados y aturcidos bajaban los vecinos por las ruinosas escaleras, cuyas gradas se movían como pedales de piano; en una alcoba alzaba desde la cuna sus bracitos flacos un pobre niño abandonado; las grandes vigas se columpiaban un momento en el espacio, y caían á plomo aplastando cabezas y desquebrajándose; remolinos de polvo se levantaban ocultando todo, y un inmenso clamor, compuesto de imprecações y plegarias, subía al cielo.

De repente pasó la borrachera, los santos de piedra se recogieron en sus nichos, cesó el can-can de las torres, y se fueron desvaneciendo en el espacio los cuadros que dibujaba la imaginación. ¿Cuántos minutos habían transcurrido? Un segundo ó un siglo. El tiempo no se mide con los cronómetros. Es un viejo enfermo que de improviso corre como un mozo.

En aquellos instantes de terror, los minutos fueron horas, días, años, como lo son para los tomadores de opio. Las ideas se atropellaban en los cerebros, como los espectadores al salir de un teatro que se incendia. Medimos el tiempo como lo mide el pasajero en el puente de un barco que va á hundirse. Por una delicadeza de las leyes naturales, en ese instante se detuvieron los relojes.

Pero ha pasado ya la pesadilla, despertamos y volvemos en torno la mirada. Las cosas todas están en sus puestos. La tierra no se mueve, los armarios están tranquilos. No tenemos ceñido el cuerpo por las víboras, ni chupa nuestra sangre, mordiéndonos la nuca, algún vampiro. Los buhos y las lechuzas que danzaban sobre nuestras cabezas, han desaparecido yendo á esconderse en los viejos campanarios.

Los transeuntes se saludan en las calles, como si volvieran de un largo viaje. Comienza á borrarse de los rostros la amarillez del miedo, y respiran con más desembarazo los pulmones. Los que han tenido más terror, experimentan las agradables emociones del convalesciente que vuelve á la vida. Las rosas parecen más frescas y más bellas las mujeres. Se ve el cielo más azul, y se acaricia la cabeza del niño que todavía solloza en un rincón. De cuando en cuan-

do, sin embargo, se alza la cabeza para mirar si no se mueven los candiles y si el cordón de la campanilla se está quieto. Las cuarteaduras de la pared inspiran miedo.

Por la noche, las jóvenes acercan sus catres á la cama de la madre, y despiertan á cada instante sobresaltadas, creyendo que repite el terremoto. El botiquín de la casa, abierto de par en par, muestra los desechos paquetes de tila y las rugadas hojas de naranjo. Los padres refieren con espeluznantes detalles, el terremoto que derribó la cúpula de Santa Teresa. Los chiquitines se duermen en las rodillas de la madre, y los novios amartelados de las niñas, hablan poco de amor. Al día siguiente, están muy concurridas las iglesias. Se oye misa con gran devoción, y al salir del templo, los novios aprovechándose del tumulto, se aprietan la mano furtivamente. En la noche, el amante cobra con usura el beso que no pudo recibir la víspera.

Toma el té. Ya ha pasado el terremoto. Estamos juntos y te amo. La muerte no acobarda mas que á los enamorados que están ausentes. Si ha de venir, que nos mate á los dos de un mismo golpe. La muerte que yo temo es la que llega con sigilo y con cautela, arrastrándose por la alfombra de la alcoba. Si tú me sobrevives, te irás alejando de mi recuerdo como el barco se aleja de la playa. La pena del amor es el olvido. Nuevas flores brotarán en los jardines para que los enamorados trencen sus guirnaldas, y otras aves despertarán con el golpe de sus alitas en los vidrios, á Romeo dormido en los brazos de Julieta. El dolor no es eterno. Las fuentes se agotan y los claveles se marchitan y el amor se apaga.

Por eso querría morir con todos los seres que amo, y hacer junto con ellos el duro viaje por lo desconocido y por lo eterno.

Pero la tierra no vacila ya; tu corazón late más sosegado, y la lámpara azul de tu alcoba, no se columpia como la Sara del poeta. Ven conmigo; acabemos de comer.